

Fascículo 23 – ANTE EL HOMBRE NUEVO:
GENTE Y GOBIERNO REVUELVEN NOMBRES VIEJOS
(Mc.6, 14-16)

Bueno, sigamos con Marcos.

“Como su fama se había extendido, llegó a oídos del rey Herodes. Unos decían:

— Juan Bautista ha resucitado de la muerte y por eso las potencias actúan por su medio.

Otros, en cambio, opinaban:

— Es Elías.

Otros, por su parte, decían:

— Es un profeta comparable a los antiguos.

Pero Herodes, al oírlo, decía:

— Aquel Juan a quien yo le corté la cabeza, ese ha resucitado.” (Mc 6, 14-16).

Marcos inicia la narración afirmando directamente que los comentarios que circulaban sobre el Galileo tuvieron repercusión en las altas esferas políticas de la región: *"Llegó a oídos del rey Herodes"*. De nuevo encontramos el famoso verbo *"escuchar"*, traducido en este caso por *"llegó a oídos"*. En esta circunstancia la acción no implica una disposición activa de escucha. Se limita a desempeñar una función de registro. Se traduce, por tanto, definiendo el carácter estático de quien oye. Traducirlo así, encaja con la forma de escuchar a esos niveles. Ahora bien, la nota de pasividad de la escucha no debe empañar el papel principal que nuestro narrador quiere conceder al sujeto al que llegan las noticias, citado con su nombre, *"Herodes"* y por su cargo político: *"el rey"*.

De todas las veces que Marcos nombra a Herodes, sólo en esta ocasión une su nombre a su cargo, lo que representa un claro indicio de la intencionalidad de nuestro narrador.

Con su nombre, identifica al individuo Herodes Antipas, hijo menor del rey Herodes llamado el Grande, que falleció hacia el año 4 antes de nuestra era. Herodes Antipas nació aproximadamente el 22 de ese mismo período. A la muerte de su padre, heredó el gobierno de los territorios de Galilea y Perea, que estaban separados entre sí por la franja de la Decápolis. El emperador Augusto confirmó su autoridad nombrándolo tetrarca de esas regiones.

Aunque popularmente fuera conocido como *"el rey Herodes"*, nunca ostentó ese título. Cuando lo reivindicó ante Calígula en el año 39, salieron a la luz antiguas rencillas familiares, un hijo de un hermanastro suyo, Herodes Agripa, lo denunció por traición, y fue desterrado a Lyón. Este último, conocido oficialmente más tarde por Agripa I, consiguió de su amigo Calígula la tetrarquía de Antipas con el título de rey. En el año 41, muerto Calígula y con Claudio como emperador, éste consolidó la realeza de Agripa I, ampliando su gobierno a Samaria y Judea. De este modo, fue rey de toda Palestina desde el 41 al 44. En su último año de reinado mandó ejecutar a Santiago, uno de los hijos del Trueno (Hech 12, 1-2).

Todos esos datos sobre Herodes Antipas eran de sobra conocidos por Marcos. Con esa misma información, Mateo y Lucas escriben con rigurosidad en sus lugares paralelos: *"El tetrarca Herodes"*. Nuestro narrador, en cambio, tuvo otra intención cuando lo denominó indebidamente con el título de *"el rey"*. Nuestro narrador pretende hacer ver a sus lectores el efecto de resonancia provocado por la acción de los emisarios y la penetración de la onda acústica en la cúspide del poder político de la región. Marcos llamó impropriamente *"rey"* a su representante máximo, Herodes, con el propósito de presentarlo en su calidad de adversario del proyecto del Galileo.

Así vemos colocado a este personaje en medio del escenario. La justificación de este súbito comienzo la ofrece seguidamente: *"como su fama se había extendido"* (literalmente: *"porque su nombre cobró notoriedad"*).

Los hechos desarrollados por el Galileo en su actividad por la región y, de manera especial, la actuación de los discípulos desataron en la gente una avalancha de comentarios respecto a él y su discurso. Las noticias se propagaron de boca en boca hasta el punto de que llegaron a oírse en el centro neurálgico de la corte. El autor del evangelio se servirá de ese mirador para descubrir a sus lectores la manera de pensar y el modo de operar del poder político.

Antes de eso, Marcos enumera previamente los diferentes juicios emitidos por la gente acerca del Galileo. Los resume en tres pareceres.

En el primero se comenta que el espectro del Bautista actuaba tras el Galileo: "**Decían: Juan, el que bautiza, ha resucitado de entre los muertos**". La fórmula introductoria, sin sujeto, "**decían**", introduce la opinión más generalizada. Se alude, en este caso, al personaje identificado por su nombre ("**Juan**") y por la actividad característica desarrollada por él ("**el que bautiza**"). Para una gran mayoría de gente Juan representó el último umbral de sus esperanzas. Por lo que habían oído del Galileo, lo consideraban asimilado a Juan de forma compleja y fantasmagórica: "**se ha levantado de entre los muertos**". Este amplio colectivo no alcanzó a ver novedad alguna en su mensaje.

Sorprende el hecho, desconocido por los lectores, de la muerte de Juan el Bautista, citada aquí de forma indirecta. La única noticia conocida era la de su apresamiento al comienzo de la actividad del Galileo (Mc 1, 14).

Después de la actividad de los discípulos, resulta lógico que la gente opinara sobre el Galileo asociándolo al fogoso discurso del Bautista. La propuesta hecha por ellos llamando a la enmienda coincidía con el pregón de Juan anunciando la pronta llegada del Reino.

La merma que hicieron los discípulos del mensaje del Reino, silenciando su condición de alternativa, enmascaró la fuerza innovadora de su praxis. La creencia popular no supo interpretar que la eficaz actuación del Galileo naciera de su compromiso individual y social; atribuyó el origen de su energía transformadora a la presencia oculta y misteriosa de Juan el Bautista: "**y por eso las fuerzas actúan por medio de él**".

Marcos no llega a decir que la gente identificara al Galileo con Juan. Sostiene la vaguedad en armonía con lo etéreo de esta versión de fábula.

Una segunda estimación sobre la figura del Galileo se introduce con la fórmula: "**Otros, en cambio, opinaban**". Marcos registra a un diferente sector de personas ("**otros**") con un distinto convencimiento ("**en cambio**"). El nuevo juicio emitido sobre el Galileo se dice en dos palabras: "**Es Elías**". Es decir, le reconocen como el profeta que, según la tradición, tenía que volver para reestablecer el orden global antes de la llegada del régimen político definitivo: el Reinado de Dios.

Este hombre, Elías, vivió y actuó en la primera mitad del siglo IX antes de nuestra era. Procedente de un lugar cercano al desierto Árábigo (1 Re 17, 1), fue un defensor a ultranza de la religión Judía. Tan singular personaje, inconfundible por su aspecto: "**Llevaba una piel ceñida con un cinto de cuero**" (2 Re 1, 8), sufrió persecución y huyó al monte sagrado Horeb, llamado también Sinaí: el Monte de la Alianza (1 Re 19). Al desaparecer en el desierto, se conservó la leyenda de que un carro de fuego con caballos de fuego lo arrebató hasta el cielo (2 Re 2, 11).

El final del libro de Malaquías, al que la tradición judía considera el último de los profetas, recuperó el protagonismo de Elías aludiendo a su regreso, como abanderado de la religión auténtica, para preparar el momento culminante de la intervención de Dios en la historia humana (Mal 3, 23-24). El libro de Ben Sirá, llamado oficialmente Eclesiástico, al comentar la grandeza del profeta, reafirmó la tradición de su vuelta para reestablecer la justicia (Eclo 48, 1-12). Los letrados sostuvieron la oficialidad de esta tesis, de manera que era común la idea de que Elías aparecería de nuevo poniéndolo todo a punto ante la llegada de la etapa definitiva. Así lo creía el pueblo y lo esperaba con ansia.

La identificación del Galileo con Elías descubre indirectamente que a Juan no se le dio esa consideración de precursor del momento culminante de la liberación y, en consecuencia, difícilmente pudieron atribuirle a nuestro protagonista la condición de abanderado del Reino definitivo. Pero, sobre todo, revela la equivocación de confundir su proyecto con una propuesta religiosa que invitaba a la conversión ante la inminencia de la era soñada. Sin duda, la intervención de los discípulos deformando los planteamientos del mensaje provocó que se le asignara a nuestro protagonista el papel negado a Juan; el que según el Antiguo Testamento correspondía ejecutar a Elías.

El grupo humano con esta línea de pensamiento respecto al Galileo coincide seguramente con aquellos individuos apegados a las doctrinas institucionales, aunque inquietamente deseosos de un giro radical en la situación política que soportaban. Con este criterio respecto a nuestro protagonista, expresaban su sentir respecto a las esperanzas de cambio que les animaban. La forma breve y enérgica con que Marcos expone su idea, destacando el nombre de Elías en primer término ("**¡Elías es!**"), pone de manifiesto sus enormes ganas de salir de aquella desesperada situación.

Con la misma formulación que en el caso anterior ("**otros, sin embargo, decían**"), Marcos nos descubre otra versión acerca del Galileo circulando entre la gente. La describe con rasgos muy distintos a los utilizados con la idea precedente: "**Es un profeta como uno de los antiguos**" (literalmente: "**Un profeta como uno de los profetas**").

La frase tiene una estructura hebrea que contrasta con la concreción usada antes ("*Es Elías*"). El indeterminado "*un profeta*" declara la percepción de un mensaje desdibujado al que de ninguna manera se le concede carácter definitivo.

Este modo de pensar captó en el mensaje del Galileo un valor independiente e incluso superior a la enseñanza oficial de los letrados. Llegó a reconocer en él la exigencia de justicia y libertad característica del discurso profético. Sin embargo, no alcanzó a distinguir su peculiaridad como alternativa, donde se colmaban de una vez por todas las esperanzas pregonadas por esos mismos profetas. La llamada de los discípulos a la conversión generó un clima que otorgó prestigio al Galileo, pero restándole lo más subversivo de su propuesta. Esta manera de comprenderle "*como un profeta de los antiguos*" es propia de aquellos sectores machacados que ni siquiera confían en la posibilidad de tener esperanzas.

Después de destacar las diferentes corrientes de opinión que circulaban entre los habitantes de Galilea respecto a nuestro protagonista, Marcos retoma la idea inicial: "*Pero Herodes, al oírlo, decía*". La repetición del verbo "*escuchar*" ("*al oírlo*") sirve como enlace para que el relato penetre de nuevo en la cumbre del poder político de la región. Los comentarios han llegado hasta allí. Herodes no ha hecho ningún esfuerzo por oír. Es la onda expansiva de la noticia la que se acerca a él. Desde su emplazamiento, Herodes no observa la realidad directamente ni obtiene sus propias conclusiones después de haberse detenido a analizar los hechos con objetividad y sin filtros. Lo que le alcanza son los combados reflujos de las diferentes opiniones sobre nuestro protagonista. A partir de ellas, juzga y actúa. Lo hace alejado de la realidad, por la acción de rebote de los juicios distorsionados de amplios sectores de la población.

Después de sopesar la ya de por sí desfigurada información sobre el Galileo, logra una interpretación política distinta y distante ("*pero*") de la tónica general. Marcos dibuja con el imperfecto "*decía*" el cálculo reflexivo hecho por Herodes tras situarse en la irreal perspectiva real. La frase, expresando el soberano pensamiento acerca del Galileo, demuestra el desenfoque del punto de mira, no apostado en su cabeza, sino algo más arriba, en lo que ella realmente ampara y sustenta: la corona.

Su tono displicente sugiere el alejamiento de la realidad propio de tan alta posición: "*Aquel Juan a quien yo le corté la cabeza, ese ha resucitado*". Destaca el pronombre personal de primera persona, Yo, característico de su condición y autoinculporio de la terrible noticia aportada por el verbo que él mismo pronuncia ("*decapité*" o "*corté la cabeza*"). El verbo informa de que el fallecimiento de Juan no se debió a causas naturales, sino que fue asesinado por orden directa suya. La fórmula "*aquel Juan*" define a Juan como receptor de la acción del verbo "*decapitar*", lo que manifiesta que el tetrarca no reconoce a Juan por su peculiar función ("*el que bautiza*") sino por el hecho de haberlo ejecutado.

Esta forma de escribir expresa el interés de Marcos por perfilar el pensamiento de Herodes. La memoria de los acontecimientos que hicieron a Juan ingrato y molesto para el poder rezuman por entre los silencios insinuados por la frase: "... *Aquel Juan...a quien yo... le corté la cabeza...*".

Esta primera parte de la intervención de Herodes no manifiesta una opinión sobre Juan. Se trata de la declaración de un hecho histórico con dos protagonistas. Uno, Herodes, representante del poder legítimamente constituido, que aboga por matar para acallar la voz que reivindica justicia, El otro, Juan, que pierde su vida porque la reclama para el pueblo. Por eso Marcos llama a Herodes "*rey*" al comienzo de esta narración, porque quiere que sus lectores identifiquen la esencia del poder adversario del Reino.

La segunda parte de la frase de Herodes ("*ése ha resucitado*") comienza aludiendo de nuevo a Juan con un tono despectivo (*ése*) que se observa especialmente en su contraste con el pronombre "*Yo*" con el que Herodes proclamó sus poderes asesinos.

La terminación de la frase con la forma verbal "*ha resucitado*" o "*se levantó*", sin que vaya acompañada de la expresión "*entre los muertos*" ni se den explicaciones sobre las fuerzas misteriosas que le relacionen con el Galileo, no significa que la versión de Herodes sobre nuestro protagonista sea incompleta, sino que no da ninguna. A Herodes..., el Galileo le importaba tanto como Juan Bautista.

Herodes no ofreció su parecer. Su observación reflejaba únicamente la preocupación que le causaba la creciente popularidad de nuestro protagonista.

Como hombre eminentemente político asentado en el poder, al tetrarca le traía sin cuidado quién fuera el Galileo. Le preocupaba, eso sí, la repercusión social y política de sus actuaciones; de manera especial, la desestabilización que pudiera acarrear en sus dominios, sabiendo, como sabía, que el imperio dominante respondía sin remilgos a cualquier vibración que afectara a su paz social aplicando de forma drástica sus temidas recetas militares.

El Galileo representaba un problema político, pero Herodes ni siquiera había atisbado su verdadera magnitud. La actuación de los discípulos condicionó sus conclusiones. Él siguió el único punto de referencia al que le llevaron los comentarios de la gente, que la decapitación de Juan no bastó para ahogar sus gritos reclamando justicia. Ante las noticias sobre el Galileo, en su cabeza daba vueltas, sin duda, una sospecha inquietante: Otra vez aquí el Juan aquel al que yo le corté la cabeza.

.....

APÉNDICE o EXCURSUS

Teófila empezó a contar algo acerca del Autor de la traducción del Texto de Marcos que estaban leyendo:

Una mañana de 1974, poco antes de que se publicara traducción del Nuevo Testamento, Juan Mateos salió nervioso del Instituto Oriental de Roma, donde residía. No durmió bien la noche anterior. Estaba preocupado por su visita al prepósito general de la Compañía de Jesús, a la que él pertenecía. Éste le había citado en su despacho, preocupado por las advertencias que le llegaban desde altas instancias sobre las supuestas y peligrosas desviaciones de Juan Mateos respecto a la interpretación tradicional de los textos sagrados.

La entrevista fue muy cordial. El viejo Arrupe acogió a Juan con enorme cariño. Cuando Juan le informó acerca de su trabajo y le explicó en síntesis sus investigaciones sobre el mensaje del Galileo, él se quedó impresionado. Admitió no poder seguir los razonamientos técnicos que Juan utilizaba, aunque comprendía el valor de la base científica con la que desarrollaba su inmensa tarea. Le animó a continuar hasta el final en su esfuerzo y le aconsejó ser prudente.

Juan regresó a su cuarto en el Instituto Oriental lleno de satisfacción al sentirse amparado por el máximo representante de la Compañía. Yo estuve con él aquella misma tarde.

El Nuevo Testamento se publicó sin problemas gracias a un renombrado cardenal italiano, también jesuita. Pero, pese a que el público dio una excelente acogida a la traducción, a niveles institucionales fue recibida con frialdad. Años más tarde, después de salir la edición de 1987, la reacción oficial fue muy negativa. La oposición se centró en algunas notas explicativas. Se instó a Juan a retirarlas y, naturalmente, no lo hizo. De modo que se declaró un discreto boicot sobre esta traducción del Nuevo Testamento.

La nota explicativa al pie que no gustó fue la referida a Mateo 16, 18 donde se lee: "***Ahora te digo yo: Tú eres Piedra y sobre esa roca voy a edificar mi comunidad...***"

En la nota que aparece bajo el texto haciendo referencia a este verso se escribe: "***Piedra/Pedro y roca no son equivalentes: la piedra puede lanzarse; la roca es inamovible***".

Esta aclaración de Juan Mateos resultó, a todas luces, inaceptable. Reducía a polvo el supuesto fundamento evangélico sobre el que se había basado históricamente la institución del papado.

Siempre se ha traducido así: "***Tú eres Pedro y sobre esta piedra...***"

Esa traducción es adecuada para el marketing religioso. Sin embargo, Piedra no fue nombre propio (Pedro) hasta más tarde; después de haber sido utilizado como mote por el Galileo. Debe traducirse como tal, por piedra, en el sentido de guijarro. El segundo término griego utilizado por Mateo es diferente al primero y su significado es roca. Son dos términos distintos, La traducción hecha por Juan Mateos es intachable. No tiene discusión. Por eso se atacó la nota y no la traducción. No cabe oponerse a la traducción. No hay base para hacerlo.

El caso de Juan Mateos y su traducción no trascendieron al público. No convenía levantar mucha polvareda. Convino el silencio diplomático y encerrar el libro en el escondrijo. El tema se mantuvo, pues, en la confidencialidad. Se buscó que no trascendiera para no dar publicidad a la traducción. La mejor vía fue que la gente lo ignorara. "***La verdad se esconde***".

Por otra parte, habría resultado paradójico desautorizar a Juan Mateos. Él fue el autor de la traducción de los textos del Nuevo Testamento que aparecen en los leccionarios oficiales usados en las iglesias para hacer las lecturas bíblicas. El cardenal Tarancón realizó ese encargo. Llevar las cosas más lejos habría levantado una polémica nada beneficiosa.

La comprensión del mensaje requiere, como estamos viendo, de lectores y grupos humanos dispuestos a eliminar prejuicios para poder oírlo con objetividad. Una gran mayoría prefiere, sin embargo, prestar oídos a las palabras huecas de los voceros de la insensatez.

La genial traducción del Nuevo Testamento no se conoce suficientemente porque se ha escondido en los armarios. Si está en juego el poder, se silencia el mensaje.

Eso exactamente hicieron los emisarios enviados por el Galileo de dos en dos. Callaron lo que no les convenía a sus ansias de poder y largaron otro mensaje más propio para enardecer masas. A ellos les interesaban las multitudes. El Galileo exigía compromiso.

Además, ni Marcos ni Lucas citan esa frase.

.....